

La batalla de Junín

Jorge ANDUJAR

1823 no sería un buen año para la causa patriota. Han terminado en fracaso todos los intentos de vencer al poderoso ejército del Virrey. La lucha por el poder entre Riva Agüero y Torre Tagle acrecienta la inestabilidad del país que llega al punto de tener dos gobiernos simultáneos. 1824, por su parte, no proyecta tampoco mejores auspicios. En febrero los realistas recuperan la fortaleza del Callao —la más importante del Pacífico Sur— y dominan la entrada natural a Lima.

A la sazón el Perú se encuentra virtualmente dividido en dos. El centro y el sur andino se hallan ocupados por los realistas. El Virrey José de la Serna al mando de una parte del ejército real, se asienta en el Cuzco; mientras que el denominado Ejército del Norte dirigido por el general José de Canterac se concentra en la ciudad de Jauja, que domina el rico y extenso valle del Mantaro. Desde esta altura otea Lima y amenaza caer, en cualquier momento, sobre ella. El norte del país —en cambio— es patriota. En Trujillo se fija el centro de operaciones del Ejército Unido Libertador (EUL), compuesto por oficiales y soldados de todos los países americanos, al mando de Simón Bolívar.

Una vez efectuados los múltiples preparativos logísticos, se abre la campaña final. Bolívar va en busca de Canterac. El 6 de agosto de 1824, como a las 2 de la tarde, el EUL divisa desde un punto elevado la espléndida caballería enemiga de 1,200 efectivos que avanza por los llanos de Junín, a la vera oriental del Lago de los Reyes. Canterac sabiéndose superior y con la ventaja estratégica de tener la posesión de la pampa, al cual deben desembocar por estrechos desfiladeros los 900 jinetes patriotas, decide presentar combate. En el acto dispone que el grueso del ejército siga hacia Tarma, y se despliega en posición de ataque.

Son aproximadamente las 4 pm. cuando se inicia la batalla. El encuentro es terrible. Ambos bandos demuestran enorme valor y coraje. Al principio los realistas llevan la mejor parte. Asestan duro revés a los americanos que se dispersan. El Teniente Coronel Mariano Necochea, jefe de la caballería patriota, recibe siete heridas y es tomado prisionero. La acción parece favorable a las armas reales. Sin embargo, de pronto, por la retaguardia surge una tremenda arremetida del primer escuadrón peruano bajo el mando de Isidoro Suárez que recién ingresa al campo. Los realistas se aturden y huyen despaavoridos. Los independentes se reorganizan y los persiguen. Al cabo de 45 minutos la victoria es patriota. Como resultado de la encarnizada lucha ya-

cen en el campo 250 muertos del bando virreynal y 45 del americano.

Reconociendo la valentía y arrojo de los peruanos, Bolívar mediante Orden General otorga el honoroso título de "Húsares de Junín" al primer escuadrón nacional. Con este digno nombre se les conoce, hasta la fecha, a aquellos bravos soldados de vistoso uniforme azul y rojo que conforman la guardia del Palacio de Gobierno. Posteriormente, en homenaje a la batalla se cambia el nombre del lago donde se desarrolló la escena. El entonces lago de los Reyes se modifica por el de Junín. Asimismo, en setiembre de 1825 se crea el departamento del mismo nombre.

La acción bélica tiene en verdad ribetes de leyenda antigua. En el curso de ella no se dispara un tiro y sólo intervienen las caballerías. La lucha es cuerpo a cuerpo y con arma blanca; cuchillos, sables, y especialmente lanzas. Aquellas enormes lanzas de casi 4 metros, que dieran terrible fama a los llaneros de Boves —y que Arturo Usler Pietri describe en su novela "Las Lanzas Coloradas"— causan enorme zozobra en el bando virreynal que no las ha visto actuar en el Perú.

La hazaña guerrera de Junín inspira a las musas. Así el poeta José Joaquín de Olmedo compone el "Canto a la victoria de Junín", y se lo dedica al Libertador. Este —según sostiene Menéndez y Pelayo— le formula singulares y certeras apreciaciones críticas como la incómoda presencia, en el poema, de Huayna Cápac quien se muestra "un poco hablador y embrollón cuando debía ser más leve que el éter puesto que venía del cielo". Además, Bolívar en una carta le hace una atingencia de carácter histórico: "Usted dispara... donde no se ha disparado un solo tiro".

En época reciente, el extraordinario escritor Jorge Luis Borges también ha elevado su pluma, en numerosos y bellos versos, para recordar esta efeméride. Después de todo Borges es orgulloso bisnieto de Suárez, héroe de Junín cuya valentía decidió el encuentro. Su hermoso poema "Junín" (en su nueva antología personal), fue concebido en 1966 cuando visitó el campo de batalla.

La victoria en Junín tiene dos efectos importantes. El primero de carácter psicológico; acabar con el mito de la invencibilidad del ejército real. La segunda de orden estratégico; el Valle del Mantaro, con todos sus recursos, pasa a poder patriota y Lima se retoma como baluarte independentista.

Después de aquel 6 de agosto, sin duda, la esperanza de la libertad de América estaba más cerca que nunca.